

Gentes de mi Tiempo



Primera edición en REINO DE CORDELIA, marzo de 2015

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodcordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid

© José Esteban Gonzalo, 2014

Sobrecubierta: Caricatura de Luis Bagaría realizada en 1936 para *El Sol*
Cubierta: Detalle de *Azaña y Valle-Inclán en la tertulia de la Cacharrería del Ateneo* (1930), de Alfonso Sánchez Portela, y *Vacaciones de Manuel Azaña en los jardines de Aranjuez* (1932), de autor desconocido

IBIC: DNF
ISBN: 978-84-15973-51-5
Depósito legal: M-8431-2015

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Gráficas Zamart
Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Gentes de mi Tiempo

Manuel Azaña

*Selección, edición y prólogo
de José Esteban*



Índice

<i>Notas preliminares</i>	11
<i>La vocación de Manuel Azaña</i>	14
GENTES DE MI TIEMPO	27
El problema español	29
Caciquismo y democracia	33
Vicios políticos españoles	41
Quintana en la infausta remoción de sus huesos	43
Miguel de Cervantes	47
Ramón Mesonero Romanos	49
Benito Pérez Galdós y Víctor Said Armesto	55
Azorín	57
Ramón Pérez de Ayala	59
Miguel de Unamuno	61
Ramón María del Valle-Inclán	63
José Ortega y Gasset	73
Revista <i>España</i>	79

Eduardo Barriobero y Eduardo Ortega y Gasset	81
Premios y castigos	85
Jacinto Benavente	93
Estreno de <i>La Corona</i>	101
La estafeta romántica	107
Marcel Proust	109
Cena homenaje a Antonio Espina	111
Restaurantes y comidas	115
Ramiro de Maeztu	119
Luis Araquistain	121
Los socialistas y Araquistain	127
Los comunistas	131
Andrés Nin	133
Los reformistas	137
Melquíades Álvarez	139
Cristóbal de Castro	143
Jacinto Grau	145
Niceto Alcalá-Zamora	147
José Antonio Balbontín	151
Ángel Ossorio	153
Indalecio Prieto y Jaime Carner	157
Fernando de los Ríos	159
José María Semprún Gurrea	161
Victoria Kent	163
Margarita Nelken	165

Julián Zugazagoitia	167
El templo de Minerva	169
Ciudad Universitaria	175
Francisco Giner de los Ríos	177
La doctrina esotérica	181
El Ateneo	183
El Museo del Prado	199
Tesoro artístico	201
Pintura	203
Juan Echevarría	205
Grandeza y servidumbre de los funcionarios	207
El Ejército	215
El general Miaja	219
La Guardia Civil	221
El patriotismo	225
El Estatuto catalán	227
Sobre la Iglesia española	231
Frailes	233
Basilio Álvarez	247
Cuadernillo de París / París, 1912	249
Diarios íntimos, 1915	255
Diarios íntimos y Cuadernillos de apuntes	
/ Madrid, 1927	261
Años 1931-1933	273
Cuaderno de La Pobleta	307

Notas preliminares

A PESAR, O QUIZÁ POR ELLO, de la admiración que una minoría de españoles sentimos por la figura de don Manuel Azaña, su obra es poco y muy mal conocida por sus paisanos. No en vano sus obras completas tuvieron que aparecer fuera de España, y una labor calumniosa hacia su gestión como presidente de la segunda República le llevó a las más altas cimas de la incompreensión y el ostracismo, hasta el punto de convertirlo en un desconocido. *Retrato de un desconocido* tituló Cipriano Rivas Cherif la biografía de Azaña.

No mejor suerte ha corrido su obra. Perseguida y silenciada durante años, es ahora cuando comienza, tímidamente, a aparecer por nuestros escaparates en ediciones no muy aptas para el consumo popular. Su obra magna, sus diarios, apasionantes siempre, constituyen por su volumen un hándicap para lectores no muy profesionales. Se hace, pues, preciso, antologizar esa inmensa obra en tomitos más apetitosos y legibles, para acercarla a un número mayor de españoles. Con este intento pretendemos ofrecer, sino la totalidad, al menos sus

textos más representativos. Porque nuestro país necesita, siempre, pero más aún en estos momentos, conocer su pensamiento político y la experiencia vital que representa, en uno de los momentos más difíciles, complicados y bárbaros de nuestra siempre conflictiva historia.

Conscientes de los riesgos que ello implica, hemos creído que sería bueno presentar sistematizado su complejo e inteligente ideario.¹ Hemos fragmentado, por decirlo así, su pensamiento y memoria, en principio, en cuatro apartados que corresponden a cuatro volúmenes:

I. Gentes de mi tiempo (*Cultura y sociedad*).

II. Entre escritores y artistas (*Literatura y arte*).

¹ Aurora de Albornoz, gran escritora, dedicó parte de su vida a estudiar a Antonio Machado. Tantos afanes le dedicó que algunas lenguas malvadas la llamaron “la viuda de Machado”. Pues bien, entre esos trabajos, quiero hoy destacar y recordar uno, modelo ejemplar en su tiempo (los años setenta), y se refiere sencillamente a una antología en cuatro tomos de bolsillo, dedicado a divulgar la gran prosa machadiana, oculta y ensombrecida por la popularidad y grandeza de su poesía.

Buscando los mismos efectos, el de popularizar la prosa de Manuel Azaña, no menos rica que la del poeta, hemos seguido sus pasos, siempre ejemplares, y copiado la propia realización editorial: cuatro tomitos que recogen lo esencial de su obra.

Espero que este esfuerzo editorial tenga la misma repercusión que tuvo en los años setenta la irrupción popular de una prosa ejemplar. No sé si los tiempos que corren están para estas aventuras, pero una obra tan profunda, tan sugestiva, tan, diría, necesaria para los españoles y españolitos de hoy bien merece un esfuerzo y una aventura.

Libritos necesarios. La gran prosa de Azaña ha estado muy encerrada en los grandes tomos de sus obras completas y en ediciones para estudiosos y políticos, pero, creo, no ha traspasado las fronteras de lo popular, de la gente de la calle. No otra cosa que llevarla al alcance de todos es el intento y el deseo de los recopiladores y prologuistas. Máxime cuando estos escritos constituyen un documento de primera mano, para conocer cuáles fueron las dramáticas vicisitudes de los españoles en los revueltos tiempos de la Segunda República y la Guerra Civil, en los que Azaña fue singular sufridor y protagonista. De las tres mil y pico páginas escritas por Azaña, “algo más de la cuarta parte corresponde a

III. Tierras de España. Escritos juveniles.

IV. A la altura de las circunstancias. (*Guerra Civil*).

Algunos podrán criticar esta clasificación y este encasillamiento de un pensar tan amplio y tan rico como el de Azaña. Y estarán en lo cierto. Otros encontrarán desacertada esa desintegración de sus diarios y ese *desprecio* y salto de las fechas en que fueron escritos. Y también estarán en lo cierto. Pero si de esta anárquica y personal forma logramos difundir entre nuestro público, que era el suyo, una obra y una experiencia que hasta hoy permanecen encerradas en el campo de los especialistas, habremos logrado nuestro propósito. A la vez que cumplimos un deber fundamental, como escritores y como españo-

escritos de índole personal y casi la mitad de lo que resta cabe en el epígrafe de la crítica de la cultura”, escribió el profesor José Carlos Mainer.

Hay qué decir que Azaña soportaba mal la imbecilidad y la tontería de una gran parte de la clase política que llegó a las primeras Cortes republicanas de 1931. Quizá por ello, en sus cuadernos íntimos de aquellos años nos encontramos con un rosario de quejas, ironías y algún que otro vejamen no solo acerca de la oposición, sino también de sus compañeros de Gobierno. Quizá aquel Azaña que estrenaba puestos de responsabilidad en el país era y quería practicar una política inteligente, así como una ética política de primer orden. Y quizá porque “con Azaña sabía uno en todo caso lo que quería decir, porque en todo caso decía lo que quería decir exactamente” (Francisco Ayala). Sin embargo, fue sensible a la política imaginativa de Indalecio Prieto, a la inteligencia natural de un hombre que ideológicamente estaba en las antípodas de nuestro escritor.

Se dijo que Azaña pudo ser el Cánovas de la República. Tal vez le faltó la picardía del malagueño, y quizá, como pensaba Valle-Inclán, imaginación. Si acaso, con Cánovas podemos encontrarle cierta coincidencia por su “sentimiento descorazonado” de España. Si Cánovas dijo: “Son españoles todos los que no pueden ser otra cosa”, don Manuel Azaña no le fue a la zaga: “Haber nacido español no es cosa del otro jueves”. “De su alma sentimental (sin sentimentalismo) —escribió lúcidamente Bergamín— era el «me duele España de Unamuno»; por ello nada más conmovedoramente español que sus discursos, en los que nos parecía que temblaba el pensamiento en «palabras desnudas» —que diría Fray Luis—, palabras dolorosamente españolas. Por eso, cuando el corresponsal ruso en la Guerra Civil le dijo que tenía dos patrias: la suya y España, Azaña pudo contestar: «Feliz usted, yo no tengo más que una y me pesa mucho»”. (Todas las notas son del editor.)

les, difundiendo una de las obras más apasionantes de nuestro siglo XX. Deber tanto más urgente dado que nadie más malinterpretado en nuestras letras, y más calumniado en la política española, que don Manuel Azaña Díaz, escritor dotado de una de las prosas más castizas, y por ende más españolas.

“El patriotismo de Azaña”, seguimos con José Bergamín, “tan de raíz, tan hondo, tan verdadero, como el de sus contemporáneos mejores (José Ortega y Gasset, Antonio Machado, Miguel de Unamuno...) era pudorosamente español. «El patriotismo es pudoroso —escribió Maurice Barrès— porque el misterio de su origen nacional debe mantenerse oculto, como algo sagrado e intocable». En un estupendo texto de Antonio Cánovas leemos (cito textualmente): «Que vuestro patriotismo sea callado, melancólico, paciente, aunque intencionado, constante, implacable». ¿No nos parece oír en estas temblorosas «palabras desnudas» las voces españolas de Azaña, de Ortega y Gasset, de Machado, de Unamuno...? Callado, intencionado, en Azaña. Melancólico, constante, en Ortega y Machado. Paciente, implacable, en Unamuno. Y en los tres —como de los tres Azañas— burlado por su quijotesco desengaño. Como el de España misma”. (*Los tres Azañas burlados*).

LA VOCACIÓN DE MANUEL AZAÑA

CON ESTE MISMO TÍTULO llamó don Juan Marichal al conjunto de sus prólogos a las *Obras completas* del escritor alcalaíno, aparecidas en México entre 1966 y 1968.

En estas páginas, el profesor Marichal une la vocación de Azaña a la de toda una generación.

Es bien sabido que, entre nosotros, existe y persiste un pertinaz intento de agrupar a los intelectuales en generaciones. Así, han sido canonizadas varias, por no decir muchas. Solo, y esto muy modernamente, contamos con la del 98, con la del 14 (que incluye a Azaña), con la del 27, con la del 36, con la más reciente del 50 y estamos a la espera de que surjan algunas más.

En nuestras letras, la aplicación del concepto de generación se produce cuando el poeta y profesor Pedro Salinas, como resumen de sus clases en la Universidad de Madrid, que recogió luego en *Literatura española. Siglo XX*, sistematiza esta doctrina, que tiene su origen sobre todo en Julius Petersen y recoge ya la aportación de Azorín acerca de la Generación del 98.

¿Cuál fue el primer intento de nominar a un grupo de intelectuales como Generación del 14? Lo cierto es que hasta 1947 no se había hablado de ello. Pero en ese año, en una reseña a las *Obras completas* de Ortega, el pedagogo español en el exilio Lorenzo Luzuriaga, y en la revista argentina *Realidad*, propone esta denominación para designar a los intelectuales nacidos en las penúltimas décadas del siglo XIX. Y aunque Luzuriaga no expone en detalle las razones que le llevan a escoger esa fecha, ni aporta los nombres más significativos, la designación fue todo un éxito, aceptado por la crítica del exilio y la poca existente en el interior. Luzuriaga sí indica, en cambio, que el punto de partida debería ser 1914, año en que se publican las *Meditaciones del Quijote*, de Ortega y Gasset.

Es evidente que esta generación nace a la vida pública a partir de los años 10. Ya en 1911, y en la Casa del Pueblo de Alcalá de Henares, su ciudad, Manuel Azaña diserta sobre *El problema español*, y en 1914, Ortega pronuncia su famosa

conferencia *Vieja y nueva política*, patrocinada por la Liga de Educación Política Española, fundada en 1913 y que tiene a Azaña por uno de sus más destacados miembros. Entre el centenar de asociados se encuentran, además, Américo Castro, Enrique Díez-Canedo, Manuel García Morente, el citado Lorenzo Luzuriaga, Ramón Pérez de Ayala, Fernando de los Ríos y un largo etcétera.

“Pertenezco a una generación —dirá Azaña en 1911— que está llegando ahora a la vida pública, que ha visto los males de la patria y ha sentido al verlos tanta vergüenza como indignación”. Son palabras que podría firmar cualquiera de sus miembros; porque quizá no haya existido, en la historia moderna de España, una nómina intelectual tan cabalmente representativa: junto al periodista, el pedagogo; junto al crítico literario, el especialista universitario; junto al novelista, el jurisconsulto y el poeta.

Y si tenemos en cuenta la formación académica de todos ellos, hay que destacar otro rasgo común: casi todos han hecho o han ampliado sus estudios en Europa y eso da a esta generación un primer parecido histórico mucho más marcado que el inicial de la Generación del 98. Pero, sin embargo, la verdadera novedad de la generación que nos ocupa, la de 1914 en la historia intelectual española, procede, sobre todo, de su actitud ante la política, es decir, de su “vocación política”.

Es cierto que escritores del siglo XIX habían participado con frecuencia en la vida política del país. Por ejemplo, Francisco Martínez de la Rosa había sido ministro en 1834 y Cánovas del Castillo, a partir de 1864. Pero para estos dos escritores, la actividad literaria no era obstáculo para la acción política, puesto que en siglo XIX la elocuencia abría las puertas del poder guber-

namental. Sin embargo, ya a fines de este siglo y principios del veinte, el escritor español sabe que su propia actividad intelectual le cerraba esas puertas. Recordemos la lamentación de don Juan Valera, tan cercano a nuestro Azaña, cuando pretendió ser diputado. “Si los electores saben que me ocupo de filosofía seguro que no me elegirán”. Casi podría establecerse, dice Juan Marichal, que a más capacidad para la filosofía y la literatura, menos capacidad para la política.² Pero todo esto se rompe con la llegada a la vida pública de la generación de Manuel Azaña.

Un miembro de esa generación, don Luis Olariaga, publicó en el diario *El Sol* (una de las creaciones, y no la menor del grupo) un clarificador artículo titulado *Tres generaciones de España*, donde la define como la verdadera generación de intelectuales. Se trata, escribe, de una generación muy ambiciosa, con aspiraciones casi quijotescas. Una generación que quiso hacer ciencia y política.

Podemos, pues, decir, sin temor a errar, que esta generación a la que Azaña pertenece y en la que juega un papel significativo es la generación más importante en la historia inte-

² “Yo he leído, no solo en España, sino fuera de España, ardientes polémicas acerca de si es o no conveniente —no les faltaba más que decir si es o no tolerable— que una persona eminente en otras artes, en la filosofía, en la literatura, en cualquier aplicación del entendimiento, si tiene o no derecho, si es útil o no útil que intervenga de un modo personal, activo, en la vida política de su país. Y entre tantas cuestiones ociosas como entretienen la atención de los distraídos, es posible que ninguna lo sea más. Porque la política —ya explicaremos más adelante la magnitud de este vocablo— es la aplicación más amplia, más profunda, más formal y completa de las capacidades de un espíritu, donde juegan más las dotes del ser humano, y donde juegan solo cualidades del entendimiento, sino, además, estaba por decir que principalmente, cualidades del carácter”. (*Grandeza y miserias de la política*. Conferencia de 1934).

“El caso de Azaña me ha hecho pensar muchas veces sobre el viejo problema de si un intelectual es o no el dirigente más adecuado para conducir un pueblo empeñado en una amarga y dura lucha”. Julio Álvarez del Vayo, *En la lucha*.

lectual de la España moderna; pero a la vez es, también, una de las más completas a nivel europeo.

Pues bien, volviendo a Azaña y a su vocación y a su discurso inicial de 1911, existe una patria que redimir por la cultura, la justicia y la libertad. Por la cultura, sí, repite Azaña. “Ya es tiempo de que la nación española deje de ser un pueblo ignorante y aborregado, que no sabe de sí absolutamente nada, ni de sus cualidades ni de sus defectos, ni de lo que le debe la civilización universal, ni de las deudas que a su vez tenga con la civilización europea”.

El joven Azaña está empezando su vida pública y ya sabe que el problema de España es un problema de cultura.

Pero debemos añadir que esta presentación pública no es nada original. Meses antes, otro joven pensador español, próximo a convertirse casi en oráculo, y hablamos de Ortega, había dicho que “para un hombre nacido entre el Bidasoa y Gibraltar, es España el problema primero, plenario y perentorio”. Es decir, los jóvenes Azaña y Ortega insisten en España como problema, tema heredado de la Generación del 98, denominación que no se conocerá hasta 1913, inventada por Azorín.

Pero si no original en el tema, Azaña muestra en sus posibles soluciones la originalidad de su pensamiento para resolver tan viejo problema. Casi todos los intelectuales, desde Joaquín Costa para acá estaban de acuerdo en que la solución de España estaba en Europa, y también Azaña: “Todo el problema español —escribió— radica en saber si será España capaz de sacudir su modorra e incorporarse a la corriente general de la civilización europea”.

Pues bien, la originalidad de Azaña está en aportar la democracia como solución. Ortega, por ejemplo, no ve a Espa-

ña más que como una unidad orgánica. Azaña, en cambio, echa su vista hacia el Estado; hay que hacerse con el Estado, es decir, con el poder, y desde él rehacer la sociedad. Hay que saltar a la arena política y arrancar el Estado “de las manos concupiscentes que lo vienen guiando, desplazar del Gobierno a los partidos de turno, que no son sino unas cuantas familias que viven acampadas sobre el país, como si de una finca se tratara, y por la democracia convertir al Estado en instrumento de transformación de la sociedad”.

Quiero insistir en esto, porque, aparte de original, es donde radica todo el trágico destino del futuro presidente Azaña. El problema español, para el joven Azaña, no consiste en lamentarse como plañideras de la grave situación, como hicieron los del 98; tampoco se reduce a una llamada a la regeneración del país por la educación. No. Azaña introduce la democracia para resolver el problema. ¿Democracia hemos dicho? Sí, pues, democracia. Y en esta palabra se resume todo su programa. No renunciar al inmenso poder del Estado, no, sino inyectar en él sangre nueva y convertirlo en democrático, al servicio de todos, y con ese poder educar a la sociedad y hacerla partícipe de sus problemas y sus logros.

Esta es la originalidad del pensamiento del joven Azaña y su aportación impagable al desarrollo de España. Porque esta joven apelación a la democracia no le abandonará nunca. En oposición a algunos de sus compatriotas de generación, frente al pesimismo de Costa, que reclamaba un cirujano de hierro; contra el recelo de Ángel Ganivet hacia lo que llamaba “inmunda democracia”, Manuel Azaña confiaba en la organización de las fuerzas populares. Y por ello, años antes de intervenir en la gobernación del Estado, había resumido su

pensamiento en esta frase: “La España política, según mi traza, sería una asociación democrática regida con humanidad”.

Años después, ya con la responsabilidad del poder, cuando sus enemigos le combaten ferozmente y se está gestando la rebelión militar, Azaña mantuvo siempre sus viejas ideas, culturales y políticas, sintetizadas en un párrafo de uno de sus siempre magníficos e inigualables discursos: “Contra la violencia, no otra violencia, libertad; contra la dictadura, no otra dictadura, democracia. Contra la opresión, no otra opresión, la República”.

Libertad, democracia, República. Tres principios básicos en la vocación de Manuel Azaña. Pero había que añadirle un cuarto: la inteligencia. Azaña fue, ante todo y sobre todo, un intelectual, un hombre de cultura, para quien un gobierno fuerte era, sencillamente, un gobierno inteligente. Tanía fe en la inteligencia. No la contraponía a la razón. Es más, consideraba que la acción política eficaz nacía de una inteligencia reflexiva. De esta suerte, su tradicionalismo ibérico se contrapesaba y complementaba con un intelectualismo comprensivo y universal. Es decir, a la tradición agregaba la evolución. “Un pueblo en marcha —escribió—, gobernado con buen discurso, se me representa de este modo: una herencia corregida por la razón”, que quiere decir por la inteligencia.

Con estos criterios aspiró a gobernar. Gobernar, para Azaña, no fue sencillamente disfrutar del poder. Para su cultura hispánica, gobernar es fundar. “En el espíritu español —escribió en su estudio sobre el *Idearium* de Ganivet— predominaba la voluntad de fundar”. Todos, en la España del siglo de Oro, querían ser fundadores, de reinos, de órdenes, de mayorazgos. “Ambición de durar, anhelo de inmortalizarse, volun-

tad de imperio sobre lo real. En definitiva —concluye—, no haber pasado en vano”.

Por eso intentó creaciones imperecederas. Primero su literatura. Azaña es, ante todo, un escritor. Desde muy joven, en su Alcalá, apareció una modesta publicación, entre 1897 y 1898, *Brisas del Henares*, en cuyas páginas se publicaron sus primeros escritos. Utilizó un seudónimo, Salvador Rodrigo, con el cual seguirá firmando sus colaboraciones en *Gente Vieja* (1901-1903). Los escritos de *Brisas del Henares* tienen hoy sobre todo un valor histórico-sentimental, pero también, escribió Marichal, “son muy evidente prueba de la potencialidad literaria de su autor”.

Como tantas otras cosas se le ha negado a Azaña su calidad de escritor. Pero es algo que no se sostiene. Sus *Obras completas* alcanzan cuatro inmensos tomos, miles de páginas de todo tipo y condición. En ellas, y con un estilo castizo y siempre personal, encontramos artículos, ensayos, novelas, teatro y sobre todo sus diarios y memorias, verdadero monumento literario, sin parangón en nuestra historia. Habría que remontarse a Jovellanos.

Por esa voluntad de perdurar, dirigió la revista literaria *La Pluma*, con el que después sería su cuñado, Cipriano Rivas Cherif. En junio de 1920 apareció su primer número y en las palabras de presentación, escritas muy posiblemente por Azaña, se nos dice que se trata de un refugio “donde la vocación literaria pueda vivir en la plenitud de su independencia”. Parecía que en 1920 Manuel Azaña iba a refugiarse en la literatura. El caso es que la revista se situó muy pronto en el centro de la vida literaria madrileña. Allí publicaron los entonces jóvenes Ramón Pérez de Ayala, Jorge Guillén, José Moreno Villa, Alfon-

so Reyes, Pedro Salinas y el mayor de todos, don Ramón María del Valle-Inclán, amigo de Azaña, al que se le dedicaría un número y donde escribiría el, quizá, artículo más luminoso sobre el autor de *Divinas palabras*, “El secreto de Valle-Inclán”.

Podemos decir que la década del 20 al 30 sería la de mayor actividad literaria. En 1927 aparecería *El jardín de los frailes*, especie de novela autobiográfica de colegio, tal y como habían hecho antes Pérez de Ayala, con *AMGD*, y Gabriel Miró. Este singular y personal libro, entre los muchos y variados lectores que nos han dejado su personal testimonio, tuvo un lector de excepción, el novelista argentino Eduardo Mallea, que lo vio como un trozo desgajado de una futura obra autobiográfica, como lo fueron después sus diarios.

Antes había dirigido la revista *España*, otra gran creación de la Generación del 14. Fundada y dirigida primero por Ortega y luego por Araquistain, en la etapa de Azaña se distinguió por su carácter más literario, y fue en sus páginas donde definió los métodos y las finalidades de su nuevo liberalismo, de lo que ha llamado Marichal “liberalismo intransigente”.

Vendrían después *Apelación a la República* y sus estudios sobre Valera, por los que se le concedería el Premio Nacional de Literatura; sus traducciones, sobre todo *La Biblia en España*, de George Borrow, y en fin no quisiera olvidarme de sus páginas sobre Madrid, quizá las más incisivas y penetrantes nunca antes escritas. Ciudad que, sabemos, no le inspiraba una afición violenta.

No es el momento de analizar concienzudamente al Azaña escritor. A su novela inconclusa *Fresdeval*, a sus ensayos sobre el 98 y *Tres generaciones del Ateneo*. A su ensayo sobre el *Quijote*, en el que desmonta las sucesivas leyendas sobre

Cervantes, las tesis unamunianas de que era inferior a su criatura y reivindica al Cervantes escritor, al verdadero Cervantes, y escribe: “No digo al prosista, ni al estilista, ni siquiera al inventor de novelas, sino a la operación del talento que, mediante la materia literaria, y con sus signos, implanta ante mis ojos unas formas de vida no expresadas antes por nadie”.

Y por si todo esto fuera poco, en los últimos años de su vida Manuel Azaña nos dejó algo impagable, *La velada en Benicarló*.³ La última muestra de su vocación. De su voluntad de perdurar, aún en las más horribles circunstancias.

En plena contienda, en su residencia en la capital catalana, escribe *La velada*, en los últimos días de abril de 1937. Se trata de un diálogo entre varias personas, todas ellas vinculadas, de un modo u otro, a la guerra civil y que se encuentran de un modo casual en un parador de la localidad de Benicarló. Quizá inspirado en Platón.

Se podrían poner nombres reales (y de hecho ya se ha intentado) a estos personajes de ficción. Pero al fin todos ellos son Azaña y el creador literario está en todos ellos, en sus contradicciones y certezas, en sus dudas y en sus resquemores. Más que personajes, Azaña retrata y refleja actitudes típicas de los que tomaron parte en la contienda. Y el propio autor nos avisó contra esta tentación. “Sería trabajo inútil querer desenmascarar a los interlocutores, pensando encontrar debajo de su máscara rostros populares”. Se trata, decimos nosotros, de corrientes de opinión muy generalizadas por aquellos angustiosos días.

³ *La velada en Benicarló / Diario de la guerra de España*, Manuel Azaña. Prólogo de Isabelo Herreros y José Esteban. Epílogo gráfico de Vicente A. Serrano. REINO DE CORDELIA. Madrid, 2011.

Así, aun hay que añadir a esta ingente obra literaria de escritor castizo (conciso como Baltasar Gracián, incisivo como Mariano José Larra y culto como don Juan Valera), Azaña fue quizá, y sin quizá, el mejor orador parlamentario y fuera del Parlamento, del siglo XX (y me atrevería a decir que de todos los siglos) con mucho más pensamiento que Antonio Maura y muchos más recursos y matices que Nicolás Salmerón y Emilio Castelar.

Quiero terminar estas líneas prologales con una frase no por repetida, emocionante. Don Antonio Machado, otro de los grandes españoles del siglo XX, se dio cuenta y nos la dio a todos, de la importancia de Azaña para el futuro de los españoles. Era ya en Colliure y puede que fueran las últimas palabras que escribió el maestro.⁴ En un prólogo para los discursos que Azaña pronunció durante la guerra: “Así como la grandeza de los hombres de Estado no se mide por la extensión de los territorios en que ejercen su elevada función, el nombre de Azaña quedara en la historia con una significación universal y como una enseñanza inolvidable”.

La realidad es que a don Manuel Azaña no le acompañó la fortuna. Hubo de gobernar en una época revuelta, en un tiempo de confrontación entre hermanos por la cerrazón de una derecha cruel y cainita, todo lo contrario de su vocación de estadista constructivo y de su espíritu de pensador y artista. Sus restos reposan en tierra extranjera (aunque para él Francia fue su segunda patria). Pero su grandeza de político, de liberal, de demócrata, y de escritor, crece sin cesar. Y quieranlo o

⁴ En el bolsillo de la americana de Machado se encontraron, escritos en un papelucho, estos dos versos: “Estos días azules y este sol de la infancia”.